

EXALTACIÓN A LA SANTÍSIMA VERA CRUZ.
L JUEGOS FLORALES DE LA HERMANDAD DE VERA
CRUZ DE SEVILLA

Sevilla, 23 de mayo de 2.019

Rogelio Reyes Cano

**SR. HERMANO MAYOR DE LA HERMANDAD DE LA SANTÍSIMA
VERACRUZ, SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO Y
TRISTEZAS DE MARÍA SANTÍSIMA.**

- **SR. DIRECTOR ESPIRITUAL DE LA HERMANDAD.**
- **SR. DELEGADO DEL LUNES SANTO DEL CONSEJO GENERAL DE
HERMANDADES Y COFRADÍAS.**
- **HERMANOS MAYORES Y REPRESENTACIONES DE OTRAS
HERMANDADES.**
- **HERMANAS Y HERMANOS DE LA VERACRUZ.**
- **QUERIDOS AMIGOS.**
- **SEÑORAS Y SEÑORES :**

Mi gratitud, en primer lugar, a Don Eusebio Pérez Torres, Mantenedor de la última edición de estos Juegos Florales, que ha tenido la gentileza de dedicar a mi persona estas palabras de presentación sobradas de generosidad . Agradezco también vivamente la invitación que esta hermandad me ha hecho para exaltar los valores de la Cruz de Cristo, razón de ser de su existencia. Gratitud que se funda asimismo en los muchos años

que vengo compartiendo con otros queridos amigos el jurado que anualmente concede los premios a los tres mejores sonetos dedicados a la Vera Cruz, una grata experiencia que cada año alienta mi espíritu y estimula mi vocación literaria.

Pero no soy cofrade de Sevilla, ni sería tan osado como para intentar dictar lección alguna ante un auditorio tan cualificado como éste en el dominio de la vida religiosa. Ni mi formación ni mis vivencias de creyente, siempre precarias, justificarían en modo alguno tal osadía. Por eso vengo aquí esta noche tan sólo como un cristiano de a pie que aspira humildemente – y tengo que confesar también que con una buena dosis de preocupación- a desgranar unas cuantas reflexiones personales que puedan ayudarnos a todos- tal vez también a ustedes pero sobre todo a mí mismo- a arrojar alguna luz sobre el significado de la cruz, esa locura- cuerda que, entre las perplejidades de muchos y la inquina de no pocos, da razón y sentido a toda nuestra vida de cristianos.

Estas palabras mías de esta noche poco tendrán que ver con lo que estoy acostumbrado a hacer en mi vida académica. No proceden de un saber aprendido que luego uno expone con más o menos fortuna ante sus alumnos. Son más bien el destilado personal de un sostenido soliloquio de muchos años ahora reavivado por la propuesta de vuestro Hermano Mayor. Ello me ha hecho interpelarme una y otra vez sobre lo que para mí mismo significa el misterio de la cruz de Cristo. Como escribió Antonio

Machado, también yo he conversado muchas veces con ese "hombre que siempre va conmigo", dado que

"quien habla solo espera hablar a Dios un día ; mi soliloquio es plática con este buen amigo que me enseñó el secreto de la filantropía".

Machado no era un creyente en sentido estricto (por eso aspiraba a hablar *a* Dios y no tanto a hablar *con* Dios), sino un agnóstico que se resistía a descreer en la trascendencia y comprendió a la perfección el mensaje central del Evangelio: el amor al hermano, la "filantropía", "que os améis los unos a los otros como yo os he amado". Fue un hombre tan respetuoso con la singularidad de cada uno, que en sus *Proverbios y cantares* dejó escrito :

**" Enseña el Cristo : a tu prójimo
amarás como a ti mismo,
mas nunca olvides que es otro".**

Por eso, a la manera de los místicos, buceó en lo más profundo de sí mismo, en el silencio de su corazón, y como todos los verdaderos hombres de fe, anduvo "siempre buscando a Dios

**entre la niebla”, porque “el mundo es ruidoso y mudo,/poetas,
sólo Dios habla”, y también en medio de la nebulosa de los sueños
:**

**“Anoche cuando dormía
soñé, ¡ bendita ilusión!
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón”.**

Impulsado por esa misma búsqueda, vengo esta noche a trasladarles a ustedes no tanto mis certezas, que son pocas, cuanto mis perplejidades, que son muchas. Y vengo a una cofradía que en sus orígenes franciscanos y en su probado rigor ascético ha hecho justamente de la cruz el símbolo de un espíritu penitencial que toda Sevilla reconoce y admira. Nacida al calor de aquellas fraternidades anteriores a Trento inspiradas en la humildad y en rigor ascético del santo de Asís, fue la cruz, más que la misma imagen del Redentor, el icono en el que esta secular hermandad se reconoció desde sus orígenes cálidamente penitenciales en la Casa Grande de los franciscanos de nuestra ciudad. La cruz. esencializada en la áspera y escueta sobriedad de la madera aún sin desbastar, siempre la cruz como referencia insoslayable en la geografía sentimental del seguidor de Cristo.

Y siempre también la cruz en la agridulce paradoja de la Pasión según Sevilla, una milagrosa síntesis de piedad religiosa y canto a la vida, de ascetismo del espíritu y goce de los sentidos que hace compatible la plenitud solar de la mañana de un Domingo de Ramos abierto a la esperanza con el tenebrismo espiritual del *memento mori* de un crucificado que recorrerá sus calles aquella misma noche.

En su *Diario de un poeta recién casado*, el libro más trascendental de Juan Ramón Jiménez, y en un poema titulado muy significativamente " De la *Guía Celeste*" , el gran poeta de Moguer escribió que "En la primavera universal, suele El Paraíso descender hasta Sevilla". Y en una prosa lírica de su libro *Sevilla* titulada "Madrugada de Viernes Santo", afirmarí­a también :

" ...Sobre las calles a oriente, sobre las azoteas con macetas y barandas, se va viendo una luz plata; en el fresco y puro aire matutino, aún oscuro, se oyen volar palomas que no se ven".

Yo no tengo las claves internas que llevaron a Juan Ramón a identificar la primavera de Sevilla con el Paraíso , pero si se pudiera preguntar a los sevillanos, serían muchos los que, al hilo de sus palabras, identificarían ese estado paradisiaco primaveral con los primeros, olores, sabores y sonidos de la Semana Santa, fiesta mayor de Sevilla, máxima expresión del sentir religioso y

estético de la ciuda., de esos siete días en los que se escenifica un fervor religioso ligado a una sentimentalidad cargada de refinamiento. Refinamiento que no es otra cosa que el resultado de un proceso de depuración, de exquisita estilización de siglos plasmada en una finura que difícilmente admite discordancias. Y con ella el sentido de la medida, la elegante contención, la gracia y armonía de formas que definen, tanto en éste como en otros dominios, el canon estético más puro de la ciudad.

El sevillano sabe muy bien de los efímero del milagro – metáfora del exilio interior a que nos somete la fugacidad del tiempo- y como dijo agudamente el escritor francés Joseph Peyré, penetrante observador del fenómeno, el gozo de la noche del Sábado Santo no podrá ahuyentar ya la inminencia del vacío que acecha tras el último nazareno de la Soledad de San Lorenzo, cuando Sevilla entera se apresta para la larga espera de un año : ya “no podréis concebir- escribe literalmente- ninguna otra utilidad para vuestros días, ni ningún otro gusto por la vida. Como toda la ciudad, giraréis alrededor de no sé qué vacío de naufragio”.

No es fácil para un observador superficial entender las claves de semejante paradoja en la que la cruz – símbolo de una ética sacrificial que ha de informar la vida entera del seguidor de Cristo- se funde con el goce del espíritu, y en la que el sevillano disloca el calendario litúrgico y hace de la muerte un gozo y de la gloria un

desaliento. Ni el Sábado de Gloria de la antigua liturgia ni el Domingo de Resurrección de la actual podrán recuperar ya la alegría del Domingo de Ramos, jornada de la gran esperanza, pórtico de una semana gozosa que se desvanece de nuevo cada año cuando las campanas tocan a gloria. Porque la gloria de Sevilla está- de ahí su singularidad- en esa vibración que la sacude en los días pasionales cuando sus calles se llenan de túnicas negras y gritos de saetas, de Cristos agonizantes y Vírgenes transidas de dolor pero también de olores a cera y a incienso, de azahares y de músicas que elevan el espíritu hacia el misterio de lo trascendente.

La gloria está en el luto y el luto en la gloria. "Heterodoxa" (entre comillas), paradójica inversión del orden litúrgico por obra y gracia de un pueblo vitalista que sabe muy bien que el sentimiento religioso no es una abstracción sino un brote de la misma vida. Que Dios no está sólo en la especulación teológica o en la honda reflexión espiritual sino también entre los pucheros teresianos, y que nos interpela igualmente a través del mundo de los sentidos. Esa refinada mixtura de sensaciones de la Pasión sevillana la identificó desde su exilio mejicano uno de sus hijos paradójicamente más descreídos, el poeta Luis Cernuda :

**" Denso, suave, el aire
orea tantas callejas,**

**plazuelas, cuya alma
es la flor del naranjo.**

**Resuenan cerca, lejos,
clarines masculinos
aquí ; allí la flauta
y oboes femeninos.**

**Mágica por el cielo
la luna fulge, llena
luna de Parasceve.**

Azahar, luna, música,

**Entrelazados, bañan
la ciudad toda. Y breve
tu mente la contiene
en sí, como una mano**

**Amorosa . ¿Nostalgias?
No . Lo que así recreas
es el tiempo sin tiempo
del niño, los instintos**

Aprendiendo la vida

**dichosamente, como
la planta nueva aprende
en suelo amigo. Eco**

**Que, a la doble distancia,
generoso hoy te vuelve,
en leyenda, a tu origen.
Et in Arcadia ego".**

En esa particular arcadia vinculada al mundo de los sentidos, Cernuda evoca, negando en apariencia su nostalgia pero en verdad afirmándola, aquella Sevilla de su infancia que mezclaba religión y vida en la escenificación de la Pasión de Cristo.

Comprendo la actitud de quienes, habituados a otras expresiones de religiosidad popular más austeras, se muestren reticentes a esta explosión sensorial que a primera vista puede parecer alejada de una más profunda religación. Yo les invitaría fraternalmente a mirar con la mente abierta y el corazón dispuesto a lo que hay de sustancial por debajo de las apariencias. Porque los sentidos son tantas veces el cauce que canaliza la relación del espíritu con el mundo de la trascendencia.

Y en un momento histórico en el que el viejo Occidente cristiano, ensimismado en su autosuficiencia, desvaída la conciencia de la

sacralidad de la condición humana, está prescindiendo de la idea del Absoluto y quedándose sin anclajes de más elevado empeño, la piedad popular constituye uno de los grandes viveros con los que, amorosamente cultivados, cuenta hoy la Iglesia de Cristo para esa nueva evangelización urgida por los últimos Pontífices. ¿Cómo podíamos suponer años atrás que la Europa de base cristiana y hasta la misma España estarían necesitadas de ser evangelizadas de nuevo bajo el signo de la cruz?

Y sin embargo basta mirar a nuestro alrededor para percatarnos dolorosamente de que el riesgo que acecha a nuestra fe no procede de ningún otro credo religioso alternativo, ni siquiera de una mayor o menor tibieza en el cumplimiento de los preceptos y deberes del nuestro , sino en algo de mucha mayor gravedad : en la paulatina disolución del sentido de lo trascendente, en la exclusión de Dios del horizonte del hombre de hoy, y en buena medida en la pretensión laicista de asimilar la religión a un estadio anacrónico y ya superado de la historia humana y reducirla al ámbito de lo privado, como si en una suerte de disimulada clandestinidad, hubiera que ocultarla vergonzantemente a los ojos del mundo.

No son pocos los creyentes que en España, por un extraño complejo de malentendida corrección política , disimulan su fe y se ponen de perfil en conversaciones e intercambios de ideas. Pero nada puede justificar tal signo de cobardía. Vivimos en un Estado

aconfesional, pero no laico, y mucho menos laicista, y en un país impregnado histórica y culturalmente de una religiosidad cristiana que forma parte indisoluble de nuestro ser. No hay ningún motivo - ni siquiera en nombre de la razonable separación entre Iglesia y Estado y de la consiguiente libertad de cultos- para obstaculizar la pública manifestación ni de nuestro credo ni de cualquier otro que legítimamente lo pretenda.

En esa línea, nuestras hermandades y cofradías, con sus luces y con sus sombras, con sus logros y con sus carencias, siguen canalizando por fortuna *coram populo* , sin el menor complejo, esa dimensión vertical del espíritu simbolizada en los brazos de la cruz de Cristo que se alzan, enhiestos, hacia los dominios del Padre y se abren, amorosos, a todos cuantos sienten su llamada. ¿Que necesitarían tantas veces salir de cierto ensimismamiento? Tal vez. ¿ Que sería deseable que proporcionaran a sus miembros una mayor formación y una más honda espiritualidad que los hiciera cristianos cada vez más aptos para defender y argumentar sus creencias? Sin duda. Y es mucho lo que, a mi juicio, queda todavía por hacer en tales dominios. Pero ellas siguen siendo, en medio de una sociedad cada vez más secularizada, un cauce de esperanza para la acción pastoral de la Iglesia.

En el mundo hay más hambre de Dios de lo que las apariencias pueden hacer pensar. El hombre de hoy se está quedando con las manos vacías y terminará buscando el alimento espiritual que dé

sentido a su vida. No de otra forma entiendo yo la universal expectación que suscita la vida de la Iglesia Católica, por la que se interesan sorprendentemente las gentes más diversas : creyentes, claro está, pero también ateos y agnósticos, descreídos y fieles de otros credos religiosos, como hemos podido ver tras la renuncia de Benedicto XVI y la elección del nuevo Sumo Pontífice Francisco. Algo muy noble y muy elevado sigue anidando en el mensaje de la Iglesia cuando hasta sus más acérrimos detractores se apasionan tanto en hablar de ella y en el fondo tanto parecen esperar de ella.

Algunos dirán : simple morbo mediático en este mundo regido por la tiranía de los medios audiovisuales. Mi visión es algo más optimista : la sostenida solidez espiritual de la Iglesia, a pesar de sus errores en el discurrir de los siglos, suscita la admiración y el respeto de todos las personas de buena voluntad y estimula el ansia de plenitud de la juventud más comprometida con los más nobles valores.

Aceptar la cruz no es fácil pero la cruz es algo inherente al hecho de vivir que nos desazona y nos aflige. El vivir mismo es ya un sostenido camino de cruces que se alterna en el día a día con momentos de gozo. Sólo cargando con ellas con dignidad, e incluso con alegría, el hombre será capaz de alcanzar la paz interior que sosiegue su espíritu abierto a la esperanza.

Por ello me impactó la homilía, breve, sencilla, cercana pero profunda, que el nuevo Papa pronunció en la Sixtina ante el colegio cardenalicio al día siguiente de su elección : caminar con Cristo, construir sobre la roca de Cristo, piedra angular de la Iglesia, y confesar la fe en Cristo aceptando la cruz. Todo lo que no sea eso- añadió- è *andare indietro*, es decir, volver atrás.

Tal como hoy la entendemos, la cruz es el resultado de un largo proceso de simbolización. Comenzó siendo uno de los más ignominiosos instrumentos de tortura y de muerte creados por la maldad humana para convertirse en la representación alegórica de la dureza de la vida. Por eso – porque se trataba de un símbolo degradante asociado a asesinos, ladrones y malhechores- los cristianos de los primeros siglos rehuyeron su uso y se entendían en la clandestinidad y en la persecución sobre todo con la figura del pez. El pez no asociado en exclusiva al milagro en el que Jesús sació a la multitud hambrienta sino al acróstico que formaban las letras de la palabra griega *Icthys* (pez): *Ιησοῦς Χριστὸς Θεοῦ υἱὸς σωτήρ*; es decir, *Jesús, ungido, hijo de Dios, Salvador*.

Ni siquiera en la atmósfera tan marcadamente religiosa de los siglos medievales la cruz tuvo el protagonismo que tendría más tarde en el humanismo renacentista, cuando el antiguo *Pantocrator* de las iglesias románicas fue paulatinamente sustituido por una creciente cristología que convirtió al Dios-Hombre en centro del mundo y de la historia.

Los humanistas de aquellos momentos, con Erasmo de Rotterdam al frente, cristianizaron los viejos mitos, creencias y sistemas de pensamiento del mundo clásico – entre ellos el estoicismo senequista y la teoría platónica de la ideas- e hicieron de Cristo un auténtico héroe moderno, icono de la exaltación de las capacidades humanas que sembraría los gérmenes de la ciencia moderna, de los viajes y descubrimientos geográficos y de la progresiva autonomía del hombre frente a la naturaleza, proclamando la dignidad que a este hombre nuevo otorgaba la humanidad de Cristo. Frente a la antigua *indignitas* que reducía nuestro vivir a un “valle de lágrimas”, la *dignitas* transferida a los mortales por un Cristo humano que estimulaba las ansias de creación, la visión positiva y estimulante del mundo.

Y con Cristo naturalmente la cruz, que si antes – durante la supremacía de la figura del Dios Padre- había quedado en un segundo plano, ahora quedará asociada al sufrimiento del Dios-Hombre y por lo tanto engrandecida como símbolo central de la fe cristiana. Si Cristo era un hombre como nosotros, aunque revestido de la dignidad divina ; cercano y capaz de comprender nuestros errores y nuestras miserias porque también Él los había sufrido en sus propias carnes, la *imitatio Christi* – razón y sentido de nuestra fe por encima de dogmas y rituales litúrgicos- se convertiría en una auténtica *imitatio crucis*. Cargar con la cruz, abrazarse a la cruz.

De ahí las representaciones crucíferas inducidas por el Concilio de Trento para contrarrestar la pasión iconoclasta del luteranismo. La cruz de los Cristos y Nazarenos que recorren nuestras calles y son venerados en nuestras iglesias . La cruz de las pinturas y figuras escultóricas de nuestros ascetas penitenciales abrazados al madero y de toda la iconografía que la estética barroca, con su carga dramática y su descarnado naturalismo, aportó más tarde a aquella exultante cristología creada por el humanismo de los siglos XV y XVI. La cruz que dio nombre a Juan de Yepes, la más alta cumbre de toda la mística cristiana. Y a Sor Juana Inés, la monja mejicana que en sus comedias y en sus versos defendió con ardor la dignidad de la mujer. Y a las hermanitas de Ángela Guerrero, silentes centinelas del dolor de Sevilla. Y ya en nuestro tiempo, a la filósofa alemana de origen judío Edith Stein, quien fascinada por el ejemplo de nuestra Teresa de Jesús, dejó su vocación por la fenomenología para profesar en el Carmelo con el nombre de Teresa Benedicta de la Cruz y morir asesinada en 1942 en el campo de exterminio de Auschwitz. La misma cruz que llevaron al Nuevo Mundo los primeros misioneros españoles y que Hispanoamérica nos devuelve hoy en la figura de un Pontífice que tiene como propia nuestra misma lengua y que está haciendo su gran opción pastoral y amorosa por la causa de los más débiles.

“No le tengáis miedo a ser tiernos con los hermanos”, llegó a proclamar a los cuatro vientos en la Plaza de San Pedro ante los

más importantes dignatarios políticos y religiosos del mundo Es decir, no hay que contentarse con *dar*, lo que ya supone ciertamente una entrega. Es preciso incluso superar la distinción entre el *tú* y el *yo*, es decir, *darse*, algo que supera con creces cualquier forma de filantropía. Lo que el nuevo Papa nos reclama es, en efecto, que demos un paso más : darnos, entregarnos al hermano con nuestra misma ternura, con la plenitud del corazón y los sentidos, hacerse uno con él, ayudarle a llevar su cruz asumiéndola como cosa propia.

Asirnos a la cruz – la propia y la de los demás- no significa necesariamente padecer sino tener el valor de *desasirnos* de nuestro propio *ego*, sin duda el mayor reto de toda nuestra existencia : vivir la vida evitando creerse que uno es el centro del Universo ,liberarse de una visión egocéntrica de las cosas.

Pero seamos realistas. Hablar de la cruz en esos términos de absoluta radicalidad supera cualquier especulación nominalista y nos lleva a plantearnos el que tal vez sea el más trágico de los interrogantes existenciales que angustian al hombre : el por qué de la existencia del dolor y de la muerte en el mundo, un misterio para el que, al menos yo, no tengo una respuesta que serene del todo mi espíritu. Sólo un acto de fe, un *fiarse* de Cristo, puede aliviar, siempre entre sombras de duda, tan espeluznante desazón interior. ¿Por qué la aparente sinrazón de un Dios que ha de rescatarnos de un antiguo pecado de nuestros ancestros y atarnos

de por vida a completar esa obra de redención que comenzó Jesucristo? Pregunta que se han hecho todas las generaciones que han pisado la Tierra. Los santos y místicos, desde luego, pero también los grandes pensadores y literatos que están próximos a nosotros. Si unos aceptaron esa cruz, otros la vieron como producto de la sinrazón y causa del mayor desconsuelo de la condición humana frente a un Dios mudo.

Si el filósofo alemán Heidegger, en su descarnado nihilismo, dijo que el hombre era un ser para la muerte y el existencialista francés Albert Camus, desasosegado por esa quemazón interior, llegó a afirmar que el único problema filosófico verdaderamente serio que tiene el hombre es el de decidir si suicidarse o no, antes otro gran agónico y dubitativo, don Miguel de Unamuno, con el alma encendida de pasión religiosa, había escrito, en cambio, un excelso poema al Cristo crucificado de Velázquez donde llamó a Jesús "el Hombre muerto que no muere", "triunfador de la muerte que a la vida / por Ti quedó encumbrada".

Luis Cernuda, sin embargo, fue siempre duro con lo que él llamó el "sufrimiento divinizado" de la creencia cristiana, y hasta el bueno de don Antonio Machado, en su poema a la saeta, abjuró de la fe de sus mayores :

" i Oh, no eres tú mi cantar!

No puedo cantar, ni quiero,

**a ese Jesús del madero,
sino al que anduvo en la mar”.**

¿Quién iba a decirnos que muchos años más tarde, y a través de la conocida versión de Joan Manuel Serrat, esos versos suyos – toda una declaración de principios opuesta a la idea del Cristo sufriente- se convertiría paradójicamente en una marcha procesional que en la conciencia de los sevillanos proclama justamente lo contrario. Es posible que éste sea uno de los muchos casos - ¿quién lo sabe?- en los que Dios ha escrito derecho con renglones aparentemente torcidos.

La cruz supone sobre todo un gran desconcierto para el género humano, una suerte de rayo que nos atemoriza y nos angustia cuando se hace presente en medio del amable discurrir de nuestras vidas. No la cruz, las muchas cruces que forman parte insoslayable de la condición humana. Quiérase o no, algún día nos encontraremos con ellas cara a cara, y entonces será el momento de afrontarlas , no con las manos vacías, sino con la dignidad con que Cristo – aquel “varón de dolores” que profetizó Isaías- supo asumirlas, aceptándolas con todas las consecuencias de su opción de encarnarse como uno más de nosotros en la historia de la humanidad. Y aunque pueda parecer una locura – por “loco”, como reza el Evangelio, tuvieron a Jesús en algún momento sus propios hermanos-, el cristiano ha de someterla a un proceso de

sublimación espiritual. Sublimación que la razón no acepta pero que la fe propicia. Y que plantea, claro está, el viejo conflicto entre razón y fe, entre ciencia y creencia. No me siento intelectualmente autorizado para terciar en tan complejo dilema. Sólo puedo decir honradamente que para mí tal contradicción no existe, que es la propia razón científica la que, agotado su campo de acción, nos abre inevitablemente las puertas a otro nivel de interpretación del mundo que sobrepasa la pura racionalidad. Ese nivel a cuyos umbrales se han acercado empíricamente los grandes místicos y los grandes poetas metafísicos y que desborda con creces nuestras propias posibilidades personales.

El acceso a ese nivel que conduce a la aceptación de lo que los cristianos llamamos la cruz y otros simplemente el dolor de vivir se sustenta en la capacidad para el asombro, en el deslumbramiento que en el corazón del hombre provoca la contemplación maravillada del mundo en el que habita y que lo proyecta, como sugirió el filósofo Eugenio Trías, a la "experiencia fronteriza" , una dimensión superior "no ordenada por el conocer humano". Ya lo había dicho a su modo, varios siglos antes, San Juan de la Cruz en su *Cántico Espiritual* :

**" Buscando mis amores
iré por esos campos y riberas ;
ni cogeré las flores,**

**ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras”.**

Pero buscar a Dios no significa en modo alguno perseguir a toda costa la cruz, lo que sería una forma aberrante de masoquismo, ya que no todos los males del hombre pertenecen al ámbito de lo irremediable. Como tantas veces se ha dicho, Dios, una vez creado el mundo y situado al hombre en un espacio de libertad personal, no ha de intervenir por sistema en las llamadas por los filósofos “causas segundas”, que en el orden moral son de nuestra exclusiva responsabilidad. Contra estas últimas cruces, hijas de la maldad o de la injusticia humana, no podemos predicar la resignación. La ética cristiana nos obliga a luchar codo con codo junto a aquéllos que, aun negando la trascendencia del espíritu, se afanan también por ennoblecer la vida del hombre en la Tierra.

A su lado hemos de hacer posible algún día la implantación del Reino de los Cielos en esta Jerusalén universal sobre la que Dios derrama el sol de su gracia, sin distinción alguna, sobre todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Pero las otras cruces- aquéllas que son hijas de la fragilidad humana- hay que aceptarlas con docilidad apoyándonos en el testimonio sufriente del Dios vivo y diciendo con aquel Job de la Biblia al que, después de tanta lucha, se le desvelaron por fin algunas claves del misterio divino : “ Yo te conocía sólo de oídas, / mas ahora te han visto mis

ojos. / Por eso retracto mis palabras , / me arrepiento en el polvo y la ceniza”.

En lugar de sublimar la cruz entendiéndola como la participación del género humano en la obra salvífica de la Redención , la sociedad de hoy ha optado por negarla y enmascararla con ingenuos recursos narcotizantes : escondiéndola, soslayándola con mil subterfugios supuestamente liberadores. De cruces está lleno el Tercer Mundo, al que el Primero niega soluciones estructurales y socorre tibiamente con dádivas voluntaristas pero poco eficaces. De cruces nuestra propia sociedad en crisis, en la que muchos hermanos tienen “hambre y sed”, y no sólo de justicia, mientras nosotros hemos mitificado el culto al cuerpo, buscamos con desasosiego el disfrute material, nos da miedo a comprometernos y renunciamos al sacrificio, cuando para un cristiano llevar por dentro la cruz debe ser compatible con la naturalidad y la alegría. Recordemos aquel pasaje evangélico de Mateo “ Cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu rostro..”. Y aquel diálogo cinematográfico entre Tomás Moro (“ Un hombre para la eternidad”) y el discípulo que lo terminaría traicionando. Cuando éste, dedicado a enseñar a los jóvenes, se quejaba al maestro de que su labor permanecería oculta a los ojos de los demás, Moro le contesta : ¿Y qué ha de importarte a ti? Lo sabes tú, y sobre todo lo sabe Dios. ¿No te basta con esto?”.

Llevar la cruz sin alardes ni aspavientos, firmemente abandonado en las manos del Padre, de manera natural y silente, es la más alta expresión de la fe cristiana.

De cruces están llenas también nuestras propias tendencias personales a la egolatría, al odio, a la codicia o , lo que es más frecuente, a la tibieza y a la inacción. Ocultamos la muerte a la vista pública relegándola a hospitales y tanatorios y nombrándola con pacatos eufemismos para que parezca que no existe. Consideramos nada menos que un derecho de la mujer la triste decisión de abortar. Nos resistimos hasta el ridículo a aceptar con naturalidad los efectos de la vejez y somos tibios cuando no crueles en la atención a nuestros mayores. Y hasta un sectario laicismo militante propugna una y otra vez la eliminación del crucifijo de escuelas y hospitales, como si la cruz fuese un signo de discordia.

Lo fue, ciertamente, en siglos ya felizmente superados, pero hoy es el más alto símbolo de fraternidad jamás creado por la especie humana para que toda ella, sin excepciones, pueda sentirse partícipe del amor del Padre. Y sin embargo, hay todavía en nuestro mundo- en Egipto, en Siria, en la India, en Pakistán, en Corea del Norte, en Sri Lanka..., en tantos lugares- personas que padecen persecución y hasta martirio por el mero hecho de identificarse con ella, mientras que los medios de comunicación de Occidente – tan hipersensibles a las violaciones de los derechos

humanos en otros ámbitos de la vida- se muestran reticentes a divulgarlos y tibios en condenarlos con la misma fuerza .

¿ A quién –cualquiera que sea su creencia o su descreencia - puede molestar el mensaje solidario de la cruz? Sólo a los fanáticos y a los resentidos, a los que el odio no les permita detenerse un momento a considerar el desinterés radical que late tras esa entrega del Hijo divinizado con los brazos extendidos hacia el hombre sufriente de cualquier tiempo y de cualquier lugar. La cruz desde la que Cristo respondió con su propia muerte a aquella interpelación que Yavé le hizo al hombre en los albores del mundo : “Caín, ¿dónde está tu hermano Abel?, la única, la más radical de las preguntas a las que un cristiano está obligado a responder con su testimonio de vida. Como proclamó el papa Francisco la noche del último Viernes Santo en la inquietante oscuridad del Coliseo romano, el cristiano está llamado a ver la Cruz del Salvador “ en todas las cruces del mundo”, fundiéndose así no con la simbólica madera que la representa, sino con la cruz nuestra de cada día, con la auténtica, con la *Vera Cruz*.

Rogelio Reyes Cano

